Michel Houellebecq

El mapa y el territorio

Traducción de Jaime Zulaika

EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
La carte et le territoire
Flammarion
París, 2010

Ouvrage publié avec le concours du Ministère français chargé de la culture-Centre national du Livre
Publicado con la ayuda del Ministerio francés de Cultura-Centro Nacional del Libro

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
Ilustración: foto © Yasushi Okano / Flickr / Getty Images

Primera edición: septiembre 2011

© De la traducción, Jaime Zulaika, 2011

© Michel Houellebecq y Flammarion, 2010

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2011
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7568-3
Depósito Legal: B. 23621-2011

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

El mundo está harto de mí y yo estoy harto de él.

CHARLES D'ORLÉANS

Jeff Koons acababa de levantarse de su asiento con los brazos hacia delante en un impulso de entusiasmo. Sentado enfrente de él, en un canapé de cuero blanco parcialmente recubierto de seda, un poco encogido sobre sí mismo, Damien Hirst parecía a punto de emitir una objeción; tenía la cara colorada, sombría. Los dos vestían traje negro –el de Koons, de rayas finas–, camisa blanca y corbata negra. Entre los dos hombres, en una mesa baja, descansaba un cesto de frutas confitadas al que ni uno ni otro prestaba la menor atención; Hirst bebía una Budweiser Light.

Detrás de ellos, un ventanal daba a un paisaje de edificios altos que formaban una maraña babilónica de polígonos gigantescos que se extendía hasta los confines del horizonte; la noche era luminosa, el aire absolutamente diáfano. Se podría decir que estaban en Qatar o en Dubai; la decoración de la habitación se inspiraba en realidad en una fotografía publicitaria, sacada de una publicación de lujo alemana, del Hotel Emirates de Abu Dabi.

La frente de Jeff Koons relucía ligeramente; Jed la sombreó con un cepillo y retrocedió tres pasos. Era evi-

dente que había un problema con Koons. Hirst era, en el fondo, más fácil de captar: podías verlo brutal, cínico, al estilo de «me cago en vosotros desde las alturas de mi pasta»; también podías verlo como el *artista rebelde* (pero siempre rico) que trabaja en una *obra angustiada sobre la muerte;* había, por último, en su rostro algo sanguíneo y pesado, típicamente inglés, que le asemejaba a un hincha común del Arsenal. Tenía, en suma, distintas caras, pero podían combinarse en el retrato coherente, representable, de un artista británico típico de su generación. Koons, por el contrario, parecía poseer cierta doblez, como una contradicción entre la marrullería corriente del agente comercial y la exaltación del asceta. Hacía ya tres semanas que Jed retocaba la expresión de Koons al levantarse de su asiento con los brazos hacia delante en un impulso de entusiasmo como si intentara convencer a Hirst; era tan difícil como pintar a un pornógrafo mormón.

Había fotografías de Koons solo o acompañado de Roman Abramovich, Madonna, Barack Obama, Bono, Warren Buffett, Bill Gates... Ninguna conseguía expresar nada de su personalidad, traspasar esa apariencia de vendedor de descapotables Chevrolet que él había decidido mostrar al mundo, era exasperante, hacía ya mucho tiempo, por otra parte, que los fotógrafos exasperaban a Jed, sobre todo los *grandes fotógrafos* con su pretensión de revelar con sus negativos la *verdad* de sus modelos; no revelaban absolutamente nada, se limitaban a colocarse delante de ti y activar el motor de la cámara para tomar centenares de instantáneas a la buena ventura, lanzando risitas, y más tarde escogían las menos malas de la serie, así procedían, sin excepción, todos aquellos presuntos *grandes fotógrafos*, Jed conocía a algunos personalmente y sólo le inspiraban

desprecio, los consideraba a todos igual de creativos que un fotomatón.

En la cocina, a unos pasos de él, el calentador de agua emitía una sucesión de chasquidos secos. Se quedó quieto, paralizado. Era ya el 15 de diciembre.

Un año antes, aproximadamente en la misma fecha, su calentador había emitido la misma sucesión de chasquidos antes de pararse del todo. En unas horas, la temperatura en el taller había descendido a tres grados centígrados. Había conseguido dormir un poco, adormecerse durante breves lapsos. Hacia las seis de la mañana había utilizado los últimos litros del depósito de agua caliente para un aseo escueto y luego se había preparado un café mientras aguardaba al empleado de Fontanería General: habían prometido enviarle a alguien a primera hora de la mañana.

En su sitio web, Fontanería General se proponía «llevar la fontanería al tercer milenio»; podrían empezar por cumplir sus compromisos, rezongó Jed hacia las once, deambulando por el taller sin conseguir calentarse. Estaba trabajando en un retrato de su padre que titularía *El arquitecto Jean-Pierre Martin abandonando la dirección de su empresa;* inevitablemente, el descenso de la temperatura iba a retrasar el secado de la última capa. Como todos los años, había aceptado cenar con su padre en Nochebuena, dos semanas más tarde, y esperaba haberlo terminado an-

tes; si no llegaba un fontanero enseguida, su intención se vería frustrada. A decir verdad, la cosa no tenía la menor importancia, no pensaba regalarle el retrato a su padre, solamente quería *enseñárselo;* ¿por qué, de pronto, le concedía tanta importancia? Realmente tenía los nervios de punta en aquel momento, trabajaba demasiado, había empezado seis lienzos al mismo tiempo, no paraba desde hacía meses, no era razonable.

Hacia las tres de la tarde decidió volver a llamar a Fontanería General; comunicaba continuamente. Consiguió contactar con ellos un poco después de las cinco; la empleada del servicio de atención al cliente alegó una sobrecarga excepcional de trabajo debido a la llegada de los grandes fríos, pero prometió que le enviaría a alguien a la mañana siguiente sin falta. Jed colgó y luego reservó una habitación en el Hotel Mercure del boulevard Auguste-Blanqui.

Al día siguiente aguardó otra vez todo el día la llegada de Fontanería General, pero también la de Simples Fontaneros, con los que había conseguido contactar en el ínterin. Simples Fontaneros prometía el respeto a las tradiciones artesanales de la «gran fontanería», pero tampoco se mostraba capaz de cumplir sus compromisos.

En el retrato que había hecho de él, el padre de Jed, de pie sobre una tarima en medio del grupo de unos cincuenta empleados que trabajaban en su empresa, levantaba su copa con una sonrisa dolorosa. La copa de despedida se tomaba en el *open space* de su estudio de arquitecto, una sala grande de paredes blancas, de treinta metros por veinte, iluminada por un ventanal, donde los puestos de diseño informático alternaban con las mesas de caballete que sostenían las maquetas en tres dimensiones de los proyectos en marcha. El

grueso de la concurrencia se componía de jóvenes con aspecto de *nerds:* los diseñadores 3D. De pie, junto a la tarima, tres arquitectos cuarentones rodeaban a su padre. Siguiendo una configuración copiada de una tela menor de Lorenzo Lotto, cada uno de los tres evitaba la mirada de los otros dos y trataba de captar la mirada del padre; se comprendía al instante que los tres albergaban la esperanza de sucederle al frente de la empresa. La mirada del padre, enfocada un poco por encima de los presentes, expresaba el deseo de reunir a su equipo a su alrededor por última vez y una confianza razonable en el futuro, pero sobre todo una tristeza absoluta. La tristeza de abandonar la empresa que había creado y la tristeza de lo inevitable: se trataba claramente de un hombre acabado.

A media tarde, Jed intentó en vano, una decena de veces, contactar con Ze Fontaneros, que utilizaba la emisora Skyrock como música de espera, mientras que Simples Fontaneros había elegido Rires et Chansons.

Hacia las cinco de la tarde llegó al Hotel Mercure. Anochecía sobre el boulevard Auguste-Blanqui; los sin techo habían encendido un fuego en la calle lateral.

Los días siguientes transcurrieron más o menos igual: marcaba números de empresas de fontanería que le ponían casi al instante una música de espera y aguardaba, en un frío cada vez más glacial, junto al cuadro que no quería secarse.

La mañana del 24 de diciembre surgió una solución en forma de un artesano croata que vivía muy cerca, en la avenue Stephen-Pichon: Jed se había fijado por casualidad en la placa al volver del Hotel Mercure. Estaba disponible, sí, inmediatamente. Era un hombre de baja estatura, pelo gris y tez pálida, de rasgos armoniosos y finos, que lucía un bigotito bastante Belle Époque; en realidad, bigote aparte, se parecía un poco a Jed.

Inmediatamente después de haber entrado en el piso examinó la caldera un largo rato, tras desmontar el tablero de mandos, y siguió con sus dedos finos el complejo recorrido de las tuberías. Habló de válvulas y de sifones. Daba la impresión de saber mucho de la vida en general.

Al cabo de un cuarto de hora de examen, emitió el diagnóstico siguiente: podía repararla, sí, estaba en condiciones de proceder a una especie de *reparación,* era cuestión de cincuenta euros, no más. Pero más que de una verdadera reparación se trataría en realidad de un apaño que podía durar unos meses y hasta algunos años en el mejor de los casos, pero se negaba, en consecuencia, a garantizarla a largo plazo; más exactamente, le parecía inmoral apostar a largo plazo por el futuro de aquella caldera.

Jed suspiró; casi se lo esperaba, confesó. Se acordaba muy bien del día, nueve años atrás, en que había decidido comprar el piso; volvía a ver al agente inmobiliario, fornido y satisfecho, que alababa la luz excepcional, sin ocultar la necesidad de algunas «mejoras». Jed se había dicho entonces que debería haber sido agente inmobiliario, o ginecólogo.

Simplemente efusivo en los primeros minutos, el fornido agente inmobiliario fue presa de un verdadero rapto lírico cuando supo que Jed era artista. Exclamó que ¡era la primera vez que tenía la oportunidad de vender un *taller de artista* a un *artista!* Jed temió por un momento que se declarase solidario con los artistas auténticos en contra de los *bobos*[1] y otros filisteos de la misma cuerda que hacían subir los precios e impedían así el acceso de artistas a los talleres

1. Término inglés, fusión de *bourgeois-bohemian* (burgués-bohemio), acuñado por el escritor canadiense David Brooks para designar a los descendientes de los *yuppies* (jóvenes profesionales urbanos). *(N. del T.)*

de artistas, y qué hago entonces ¿eh? no puedo oponerme a la verdad del mercado no es mi función, pero por suerte no fue así en este caso, el fornido agente inmobiliario se conformó con concederle una rebaja del diez por ciento, que probablemente ya había previsto hacerle al final de una pequeña negociación.

Por «taller de artista» había que entender un desván con un ventanal, un hermoso ventanal, es cierto, y algunas dependencias oscuras, apenas suficientes para una persona como Jed, cuyas necesidades higiénicas eran limitadas. Pero la vista, en efecto, era espléndida: más allá de la Place des Alpes, se extendía hasta el boulevard Vincent-Auriol y el metro aéreo, y más lejos hasta las fortalezas cuadrangulares construidas a mediados de los años setenta en contraste absoluto con el conjunto del paisaje estético parisino, y que eran, con mucho, el aspecto arquitectónico que Jed prefería de París.

El croata llevó a cabo la reparación y se embolsó los cincuenta euros. No le presentó ninguna factura y él, por su parte, tampoco se la esperaba. Acababa de cerrarse la puerta tras el fontanero, cuando volvió a llamar con unos golpecitos secos. Jed entreabrió la puerta.

–A propósito, señor –dijo el hombre–. Feliz Navidad. Quería decírselo: feliz Navidad.

–Sí, es verdad –dijo Jed, incómodo–. Feliz Navidad también a usted.

Entonces cayó en la cuenta del problema del taxi. Tal como se esperaba, *AToute* se negó en redondo a llevarle a Raincy, y *SpeedTax* aceptó como mucho a transportarle hasta la estación, a lo sumo hasta el ayuntamiento, pero no, desde luego, hasta las cercanías de la ciudad de las Cigales. «Motivos de seguridad, señor...», susurró el emplea-

do, con un ligero reproche. «Sólo cubrimos las zonas totalmente seguras, señor», señaló a su vez el recepcionista de Coches Fernand Garcin, con neutro tono compungido. Jed se iba sintiendo culpable de querer cenar en Nochebuena en una zona tan inconveniente como la ciudad de las Cigales, y como todos los años empezó a albergar rencor contra su padre, que se empeñaba en no abandonar la casa burguesa, rodeada de un extenso parque, que los movimientos de la población habían ido relegando al corazón de una zona cada vez más peligrosa y, desde hacía poco, totalmente controlada por las bandas.

En principio hubo que reforzar la tapia y coronarla con una verja electrificada, instalar un sistema de videovigilancia conectado con la comisaría, y todo para que su padre pudiera deambular solitario por las doce habitaciones imposibles de calentar que nunca visitaba nadie, aparte de Jed en Nochebuena. Hacía mucho que habían desaparecido los comercios de vecindario, y era imposible salir a pie por las calles de las inmediaciones: ni siquiera eran infrecuentes las agresiones contra los coches en los semáforos. El ayuntamiento de Raincy le había concedido una asistenta, una senegalesa desabrida y hasta malvada que se llamaba Fatty y que le había cogido ojeriza desde los primeros días, se negaba a cambiarle las sábanas más de una vez al mes y seguramente le sisaba en la compra.

En cualquier caso, la temperatura en la habitación aumentaba lentamente. Jed sacó una foto del cuadro que estaba pintando, así al menos tendría algo que enseñarle a su padre. Se quitó el pantalón y el jersey, se sentó con las piernas recogidas en el estrecho colchón colocado en el suelo que le servía de cama y se tapó con una manta. Disminuyó gradualmente el ritmo respiratorio. Visualizó olas que rom-

pían lenta, perezosamente, sobre un crepúsculo mate. Intentó dirigir su espíritu hacia un espacio de calma; hizo lo posible por mentalizarse para la cena de este año con su padre.

La preparación mental surtió su efecto y la velada fue un lapso de tiempo neutro, casi distendido; hacía mucho que no esperaba más.

A la mañana siguiente, hacia las siete, suponiendo que las bandas también habrían *celebrado* la Nochebuena, Jed fue andando hasta la estación de Raincy y llegó sin percances a la estación del Este.

Un año más tarde, la reparación había aguantado y era la primera vez que la caldera daba indicios de debilidad. *El arquitecto Jean-Pierre Martin abandonando la dirección de su empresa* estaba terminado desde hacía mucho tiempo y almacenado en la trastienda del galerista de Jed, a la espera de una exposición personal que tardaba en organizarse. El propio Jean-Pierre Martin –para sorpresa de su hijo, y aunque desde mucho antes había renunciado a decírselo– había decidido abandonar el chalet de Raincy para instalarse en una residencia asistida para jubilados de Boulogne. Su cena anual tendría lugar esta vez en una *brasserie* de la avenue Bosquet llamada Chez Papa. Jed la había escogido en el *Pariscope*, fiándose de un anuncio publicitario que prometía una calidad tradicional, *a la antigua*, y la promesa, en conjunto, se había cumplido. Papás Noel y abetos adornados con guirnaldas tapizaban la sala medio vacía, ocupada sobre todo por grupitos de personas mayores, incluso muy mayores, que masticaban con aplicación, a conciencia y casi con ferocidad platos de cocina tradicional. Había jabalí, lechón, pavo; de postre, por descontado, el establecimiento, cuyos camareros educados, desdibuja-

dos, operaban en silencio, como en una unidad de grandes quemados, ofrecía un tronco de Navidad *a la antigua.* Jed se daba perfecta cuenta de que hacía el tonto invitando a su padre a semejante cena. Aquel hombre seco, serio, de rostro largo y austero, nunca pareció muy inclinado a las delicias de la mesa, y las raras veces en que Jed había comido con él fuera, cuando había necesitado verle cerca de su lugar de trabajo, su padre había elegido un restaurante de sushi, siempre el mismo. Era patético e inútil querer establecer con él una convivencia gastronómica que ya no tenía ocasión de producirse, que seguramente ni siquiera se había producido nunca: su mujer, cuando vivía, detestaba cocinar. Pero era Navidad, ¿qué hacer, si no? Indiferente a las cuestiones de indumentaria, el padre ya no parecía interesarse por casi nada. Según la directora de la residencia, estaba «razonablemente integrado», lo que probablemente quería decir que apenas dirigía la palabra a nadie. De momento masticaba laboriosamente su cochinillo, más o menos con la misma expresión que si fuese un bloque de caucho, nada indicaba que quisiera romper un silencio que se prolongaba, y Jed, febril (no debería haber tomado Gewürztraminer con las ostras, lo había comprendido nada más pedirlo, el vino blanco le embrollaba siempre las ideas), buscaba frenéticamente algo que pudiera asemejarse a un tema de conversación. Si hubiera estado casado, si por lo menos hubiese tenido una amiga, *o sea, una mujer cualquiera*, las cosas habrían sido distintas; las mujeres se desenvuelven mejor que los hombres en estas historias de familia, es un poco su especialidad de partida, incluso cuando no hay niños reales están ahí, de modo potencial, en el horizonte de la conversación, y ya se sabe que los viejos se interesan por sus nietos, los asocian con los ciclos de la naturaleza o algo por el estilo, bueno, hay

una especie de emoción que consigue nacer en su anciana cabeza, el hijo es la muerte del padre, claro, pero para el abuelo el nieto es una especie de renacimiento o de desquite, y esto puede ser más que suficiente, como mínimo durante el tiempo de una cena navideña. Jed se decía a veces que debería alquilar una *escort* para aquellas cenas, improvisar una pequeña ficción, habría bastado con aleccionar a la chica dos horas antes, a su padre no le interesaban mucho los detalles de la vida de los demás, como les sucede a todos los hombres en general.

En los países latinos, la política puede bastar para las necesidades de la conversación de varones de edad media o elevada; en las clases inferiores, el deporte la sustituye a veces. En las personas muy influenciadas por los valores anglosajones, el papel de la política lo asumen más bien la economía y las finanzas; la literatura puede proporcionar una ayuda adicional. En este caso, ni a Jed ni a su padre les interesaba realmente la economía, y tampoco la política. Jean-Pierre Martin aprobaba en conjunto la forma en que estaba gobernado el país y su hijo no tenía opinión al respecto; entre una cosa y otra, pudieron al menos, repasando ministerio por ministerio, aguantar hasta el carrito de los quesos.

Al llegar el carro el padre se animó un poco y le preguntó a su hijo por sus proyectos artísticos. Por desgracia, en esta ocasión era Jed el que amenazaba con ensombrecer el ambiente, porque su último cuadro, *Damien Hirst y Jeff Koons repartiéndose el mercado del arte,* ya no lo sentía, estaba estancado, había una especie de fuerza que le empujaba desde hacía uno o dos años y que se agotaba, se pulverizaba, pero para qué contarle todo eso a su padre, que no podía hacer nada, nadie podía por lo demás, ante una confidencia así la gente sólo podía entristecerse un

poco, a decir verdad las relaciones humanas no son gran cosa.

–Preparo una exposición personal en primavera –anunció, finalmente–. Bueno, se retrasa un poco. Franz, mi galerista, quisiera un escritor para el catálogo. Ha pensado en Houellebecq.

–¿Michel Houellebecq?

–¿Le conoces? –preguntó Jed, sorprendido. Nunca habría sospechado que su padre pudiera interesarse por alguna forma de producción cultural.

–Hay una pequeña biblioteca en mi residencia; he leído dos novelas suyas. Me parece un buen autor. Es agradable de leer, y tiene una visión de la sociedad bastante acertada. ¿Te ha respondido?

–No, todavía no...

Ahora Jed reflexionaba a toda velocidad. Si alguien tan profundamente paralizado dentro de una rutina desesperada y mortal, alguien tan profundamente adentrado como su padre en la vía sombría, en la alameda de las Sombras de la Muerte, había reparado en la existencia de Houellebecq, sin duda ese autor tenía algo. Cayó entonces en la cuenta de que había omitido contactar con Houellebecq por correo electrónico, como Franz le había pedido ya varias veces que hiciese. Y sin embargo era urgente. A la vista de las fechas de Art Basel y de la Frieze Art Fair, había que organizar la exposición en abril, a más tardar en mayo, y difícilmente se podía pedir a Houellebecq que escribiera un texto de catálogo en quince días, era un autor célebre, incluso mundialmente, al menos según Franz.

La excitación de su padre había remitido, masticaba su saint-nectaire con tan poco entusiasmo como el cochinillo. Sin duda por compasión, suponemos en los ancianos una gula especialmente intensa, porque queremos conven-

cernos de que cuando menos les queda eso, mientras que en la mayoría de los casos los placeres gustativos se apagan irremediablemente, como todo lo demás. Subsisten los trastornos digestivos y el cáncer de próstata.

A unos metros a su izquierda, tres octogenarias parecían concentrarse en su macedonia de frutas, quizá como homenaje a sus maridos difuntos. Una de ellas extendió la mano hacia su copa de champán y después la dejó caer sobre la mesa; su pecho se alzaba por el esfuerzo. Al cabo de unos segundos reanudó su tentativa, le temblaba terriblemente la mano, la concentración le crispaba la cara. Jed se abstenía de intervenir, no estaba en absoluto en condiciones de hacerlo. Ni siquiera lo estaba ya el camarero apostado a unos metros, que supervisaba la operación con una mirada inquieta; aquella mujer se encontraba ahora en contacto directo con Dios. Probablemente estaba más cerca de los noventa que de los ochenta.

Para consumarlo todo, sirvieron a su vez los postres. El padre de Jed acometió con resignación el tronco de Navidad de tradición pastelera. Ya no habría muchos más, ahora. El tiempo transcurría entre ellos de una forma extraña; aunque no dijeran nada, aunque el silencio duradero establecido ya alrededor de la mesa habría podido dar la sensación de una pesadez total, parecía que los segundos y hasta los minutos transcurrieran con una rapidez fulminante. Media hora después, sin que un solo pensamiento se le hubiera pasado realmente por la mente, Jed acompañó a su padre hasta la parada de taxis. Sólo eran las diez de la noche, pero Jed sabía que los otros inquilinos de la residencia consideraban ya un privilegiado a su padre por haber tenido compañía, durante unas horas, en Navidad. «Tiene un buen hijo...», le habían dicho en varias ocasiones. Cuando ya ha ingresado en la residencia asistida, el

anciano jubilado –convertido en un *viejo,* de manera irreversible– se encuentra un poco en la situación de un niño interno en un colegio. A veces tiene visitas: entonces es la felicidad, puede descubrir el mundo, comer galletas Pépito y ver al payaso Ronald McDonald. Pero la mayoría de las veces no las recibe: entonces deambula tristemente entre los postes de balonmano, por el suelo asfaltado del internado desierto. Aguarda la liberación, alzar el vuelo.

Al volver a su taller, Jed comprobó que el calentador seguía funcionando y la temperatura era normal y hasta calurosa. Se desvistió parcialmente antes de tenderse sobre el colchón y se durmió al instante, con el cerebro absolutamente vacío.

Despertó sobresaltado en mitad de la noche; el despertador marcaba las 4.43. En la habitación hacía un calor casi sofocante. Le había despertado el ruido de la caldera, pero no eran los chasquidos habituales, sino que ahora el aparato emitía un ronquido prolongado, grave, casi infrasónico. Abrió con un golpe brusco la ventana de la cocina, cuyos azulejos estaban recubiertos de escarcha. El aire glacial irrumpió en la habitación. Seis pisos más abajo, gruñidos porcinos perturbaron la noche de Navidad. Cerró de inmediato. Era muy probable que unos vagabundos se hubiesen introducido en el patio; al día siguiente aprovecharían las sobras de la cena amontonadas en los cubos de basura del inmueble. Ningún vecino se atrevería a llamar a la policía para desembarazarse de ellos: no el día de Navidad. Por lo general, la que terminaba por ocuparse de ello era la inquilina del primero, una mujer de unos sesenta años, de pelo gris teñido con henna, que llevaba jerséis a retazos de colores vivos, y que Jed suponía que era una psicoanalista jubilada. Pero no la había visto desde hacía días, posiblemente estaría de vacaciones, a no ser que se hubiera muerto de repente. Los vagabundos se quedarían

varios días, el olor de sus defecaciones llenaría el patio, impediría abrir las ventanas. Con los inquilinos se mostraban educados y hasta obsequiosos, pero las reyertas entre ellos eran feroces y las cosas solían acabar así, aullidos de agonía se elevaban en la noche, alguien llamaba al SAMU y encontraban a un tío bañado en su propia sangre y con una oreja medio arrancada.

Jed se acercó a la caldera, que se había silenciado y levantó prudentemente la tapa de acceso a los mandos; al momento el aparato emitió un ronquido breve, como si se sintiera amenazado por la intrusión. Un chivato amarillo parpadeaba rápidamente, indescifrable. Con suavidad, milímetro a milímetro, Jed giró el botón de subida hacia la izquierda. Si las cosas iban mal, conservaba el número de teléfono del croata, pero ¿seguiría en activo? No tenía intención de «enmohecerse en la fontanería», le había confesado sin ambages a Jed. Su ambición, en cuanto «hubiese juntado un dinero», era volver a su país, Croacia, más concretamente a la isla de Hvar, y abrir allí una empresa de alquiler de motos acuáticas. Entre paréntesis, uno de los últimos expedientes que su padre había estudiado antes de retirarse era una licitación para edificar un centro marítimo de lujo en Stari Grad, en la isla de Hvar, que en efecto empezaba a convertirse en un destino de prestigio, el año pasado podrías haberte cruzado allí con Sean Penn y Angelina Jolie, y Jed experimentó una oscura decepción humana ante la idea de que aquel hombre dejase la fontanería, artesanado noble, para alquilar motores ruidosos y estúpidos a pequeños petimetres forrados de pasta que vivían en la rue de la Faisanderie.

«Pero ¿de qué se trata, exactamente?», se interrogaba el portal de Internet sobre la isla de Hvar, antes de responder en los siguientes términos: «Aquí tiene usted las llanu-

ras de espliego, los viejos olivos y las viñas en una armonía única, y así el visitante que quiera acercarse a la naturaleza visitará primero la pequeña *konoba* de Hvar (pequeña taberna) en lugar de ir al restaurante más lujoso, degustará el auténtico vino ordinario en lugar del champán, cantará una antigua canción popular de la isla y olvidará la rutina cotidiana», seguramente era esto lo que había seducido a Sean Penn, y Jed se imaginó la estación muerta, los meses de octubre aún templados, al exfontanero tranquilamente sentado a la mesa delante de un risotto de mariscos, estaba claro que la elección era comprensible y hasta disculpable.

Un poco a su pesar, se acercó al *Damien Hirst y Jeff Koons repartiéndose el mercado del arte,* posado sobre el caballete en medio del taller, y le embargó de nuevo la insatisfacción, más amarga todavía. Se percató de que tenía hambre, lo que no era normal porque había cenado un menú completo con su padre, con entrada, quesos y postre, no había faltado nada, pero tenía hambre y calor, ya no conseguía respirar. Volvió a la cocina, abrió una bandeja de canalones en salsa y se los tragó uno por uno, contemplando el cuadro fallido con una mirada sombría. Koons no era obviamente lo bastante ligero, lo bastante aéreo; quizá tendría que haberle dibujado alas como al dios Mercurio, pensó estúpidamente; allí, con su traje de rayas y su sonrisa de comercial, recordaba un poco a Silvio Berlusconi.

En la clasificación ArtPrice de las más grandes fortunas artísticas, Koons era el número 2 mundial; hacía unos años que Hirst, diez años más joven, le había arrebatado el primer puesto. Jed, por su parte, había alcanzado unos diez años antes el puesto quinientos ochenta y tres, pero era el decimoséptimo francés. Luego, como dicen los comentadores del Tour de Francia, «había sido relegado a las profundidades de la clasificación», antes de desaparecer to-

talmente de ella. Terminó la bandeja de canalones, encontró un resto de coñac. Encendió la regleta de halógenos a su máxima potencia y los enfocó hacia el centro del lienzo. Mirando de cerca, ni siquiera la noche estaba bien: no tenía esa suntuosidad, ese misterio que asociamos con las noches de la Península Arábiga; habría debido emplear un azul cerúleo en vez de uno ultramar. El cuadro que estaba pintando era en realidad una auténtica mierda. Cogió un cuchillo de pescado, reventó el ojo de Damien Hirst, ensanchó el agujero con esfuerzo: era una tela de fibras de lino apretadas, muy resistente. Aferrando con una mano el lienzo pegajoso, lo desgarró de un solo golpe, lo que desequilibró el caballete, que se desplomó en el suelo. Se detuvo, un poco calmado, contempló sus manos pringosas de pintura, apuró el coñac antes de saltar con los pies juntos sobre el cuadro, y lo pisoteó y restregó contra el suelo, que se volvía resbaladizo. Acabó perdiendo el equilibrio y cayó, el marco del caballete le golpeó violentamente el occipucio, eructó y vomitó, de golpe se sintió mejor, el aire fresco nocturno circulaba libremente por su rostro, cerró los ojos de felicidad: era evidente que había llegado al final de un ciclo.